

## Tres capítulos alemanes

Ricardo Hepp Kuschel  
Extracto de una conferencia en  
el vigésimo aniversario de la caída  
del Muro de Berlín.  
Universidad San Sebastián,  
diciembre de 2009

He estado tres veces en Berlín y las tres me marcaron profundamente.

Pero mucho antes también tuve a Berlín muy cerca, desde los años '50, cuando estudiaba en el colegio la historia de Europa, y los alumnos de entonces tratábamos de entender el mapa de postguerra en ese continente.

Pero, el primer encuentro efectivo con Berlín ocurrió mucho más tarde, recién en 1982.

Me encontraba en Hamburgo por razones comerciales cuando sentí la necesidad de viajar por tierra a Berlín Occidental, por el interior de la República Democrática de Alemania, la RDA, o Alemania Oriental, a través de una de las muy pocas vías ferroviarias autorizadas.

Abordé un tren más bien antiguo de la *Reichsbahn*, operado por Alemania Oriental, que saliendo de Hamburgo se internó en ese país de la órbita soviética en busca de Berlín Occidental, que era lo más parecido a una pequeña *isla occidental* dentro de territorio alemán comunista. La visa de tránsito era muy clara: "*permiso para un trayecto en tren por la ruta más corta a Berlín*". En dos horas y media de viaje, el convoy sólo se detuvo una vez en una estación rodeada de alambres de púas. No había pasajeros en el andén y sólo se veían algunas casas a la distancia. En la estación había guardias armados y perros. El silencio era total al interior del vagón y cuando el tren volvió a ponerse en marcha, todos tuvimos que identificarnos nuevamente, pasaporte en mano. Algunos pasajeros llevaban la tristeza dibujada en sus rostros.

Eran los días de la llamada "*guerra fría*", y mi pasaporte chileno era motivo de interés y sospecha de los guardias, que no entendían por qué querría ir a Berlín. ¿Acaso pretendía entrar a Berlín Oriental? Mis explicaciones no debieron ser muy convincentes porque un soldado me escoltó hasta que el tren ingresó, horas después, a Berlín Occidental. Hablamos algo en el trayecto, nada más que trivialidades, pero ello permitió que pudiéramos despedirnos con algo de cordialidad, a pesar de que resultaba evidente la tragedia histórica que vivíamos. En la estación *Bahnhof Zoo* descendieron casi todos, y el convoy continuó su viaje hacia Berlín Oriental y al corazón de la RDA solo con los pasajeros residentes en la zona comunista y algunas visitas autorizadas para hacerlo.

Allí estaba yo, bastante impactado, con mi maleta en el andén de la estación, junto al antiguo zoológico berlinés. Hermoso, por cierto.

Los días siguientes los dediqué a descubrir el Berlín que conocía de oídas y de tantas lecturas en casa y del colegio, de parientes y conocidos que habían quedado a uno y otro lado del Muro. Pero, claro, necesitaba ver ese Muro de cerca, la cortina de hierro en versión de concreto, con torres y alambradas, y siempre junto a las palabras "iAchtung!" o "Verboten" (¡Atención! y prohibido). El Muro rodeaba todo el sector occidental de Berlín, pero no tuve tiempo para recorrerlo completamente, porque también tenía que ver la Puerta de Brandenburgo, de lejos y tapiada; los tanques rusos estacionados en la frontera, y el famoso *Checkpoint Charlie*, uno de los pocos pasos peatonales habilitados, aunque vigilado severamente, que existía entre las dos Alemanias.

Este *Checkpoint Charlie* se hizo famoso por los intercambios de espías, y por las muchas películas y novelas que relataban las dramáticas vivencias de entonces. El libro más conocido, que sitúa al lector en dicho paso es, sin duda, "El espía que vino del frío", de John Le Carré. Pero, hay muchos más, y algunas películas, también.

Visité en silencio las cruces que marcaron el destino de tantas personas que, desafiando la prohibición, trataron de cruzar el Muro y cayeron en el intento.

También estuve en el *Reichstag* -el antiguo Parlamento- todavía medio en ruinas, en cuyo subsuelo funcionaba en 1982 un magnífico museo que recreaba parte de la historia reciente. Pasé por la impactante *Kaiser Wilhelm Gedächtniskirche*, la iglesia del recuerdo, que se conserva hasta hoy con las huellas del fuego y de las bombas de la capitulación de Berlín, en los días finales de la Segunda Guerra Mundial. Y llegué hasta el Ayuntamiento de la comuna de Schöneberg, donde John Kennedy proclamó en 1963, ante decenas de miles de berlineses occidentales, y con lágrimas en los ojos: "Ich bin ein Berliner".

Y, claro, recorrí a pie los tres y medio kilómetros de la magnífica avenida Kurfürstendamm, que ha sido testigo mudo de la historia alemana: de los días imperiales del Canciller Otto Von Bismarck; de las desventuras de la activista comunista Rosa de Luxemburgo; de la república instaurada por el presidente Friedrich Ebert; de los momentos más románticos, con la voz y las piernas de Marlene Dietrich y el suntuoso primer hotel Kempinsky; y, en fin, la avenida que vio pasar a tantos otros personajes trágicos del Tercer Reich y, ahora, de la "guerra fría".

Tengo sentimientos encontrados. No puedo decir que disfruté esta primera visita a Berlín -que más que periodística- fue producto de una necesidad del espíritu.

El regreso a Alemania Occidental lo hice en avión. Tuve que volar en un vuelo comercial de *Air France* porque Alemania Oriental no permitía que aviones alemanes occidentales sobrevolaran su territorio. Nuevas emociones fuertes. Despegué del aeropuerto de *Tempelhof*, que años antes -en 1948 y

1949- había sido escenario del más amplio *punte aéreo* que haya tenido lugar en el mundo.

Cuando comenzó la "*guerra fría*", la Unión Soviética decidió bloquear el acceso terrestre a Berlín Occidental para aislarlo del resto de Occidente. Estados Unidos y sus aliados respondieron con un "*punte aéreo*" para abastecer al aislado Berlín Occidental. Durante once meses se cumplieron más de 280 mil vuelos para socorrer a los berlineses occidentales. Los aviones llevaban alimentos, carbón, remedios, frazadas, combustibles líquidos, ropa y otros elementos indispensables para sobrevivir en la ciudad bloqueada.

Cuando nuestro avión despegó del aeropuerto de *Tempelhof*, mi semana berlinesa me parecía un mal sueño, una pesadilla. Pero, no: todo lo vivido era dramático, pero profesionalmente real. Con sentido.

### **En visita oficial**

La segunda vez que estuve en Berlín fue en 1991, muy pocos meses después del derrumbe del Muro. Había ido a Alemania por invitación del *Bundespresseamt* –el servicio de prensa alemán- y me incorporé a la comitiva del presidente Patricio Aylwin, que realizaba en esos días una visita de Estado.

La presencia del presidente de Chile se consideraba importante en Alemania porque sería el primer mandatario extranjero recibido en Berlín por un presidente alemán después de la segunda Guerra Mundial. La capital de la recién reunificada Alemania seguía siendo Bonn, donde participé en una gran recepción con el Canciller Helmut Kohl; pero en Berlín debía recibirlo el presidente de Alemania, Richard Von Weizsäcker. Pero, además, Patricio Aylwin sería el primer presidente extranjero desde el fin de la guerra mundial al que se le ofrecerían honores militares en Berlín, y el primer presidente extranjero que cruzaría bajo la Puerta de Brandenburgo, reabierto al tránsito peatonal en el corazón de Berlín.

Tuve el honor de acompañar al presidente Patricio Aylwin y a los ministros de Relaciones Exteriores de Alemania, Hans Dietrich Genscher, y de Chile, Enrique Silva Cimma, en el primer cruce de la histórica Puerta de Brandenburgo, desde fines de la segunda guerra mundial. También participé como invitado en una cena que ofrecieron el presidente Richard Von Weizsäcker y su esposa en el imponente palacio berlinés de Bellevue.

### **Y una nueva visita oficial**

La tercera vez que estuve Berlín fue en 2001, por invitación especial del entonces presidente Ricardo Lagos, como integrante de su comitiva de trabajo que se reunió con empresarios alemanes, políticos y con el entonces Canciller alemán Gerhard Schröder.

Fue otra ocasión privilegiada, porque como integrante de la comitiva tuve acceso a sitios que no siempre están abiertos al público ni a la prensa. Desde luego estuve en la nueva Cancillería, ese magnífico, aunque

controvertido edificio de cristal. El propio Canciller Schröder nos condujo por todo el edificio para mostrarnos su *casa nueva*. Allí, en conversación más informal, aprovechó de criticar a los arquitectos, porque –de acuerdo con su opinión- éstos habían diseñado un impresionante monumento de cristal, *una pecera*, sin pensar en los ocupantes. De hecho, comentó que su oficina era un auténtico desastre.

En el Berlín del 2001 ya casi no había vestigios del Muro, sólo pedazos conservados como monumentos para el recuerdo. Como “*animitas*” de la carretera para evitar el olvido total.

Alojamos en el suntuoso hotel *Adlon* donde también se realizaron los encuentros empresariales. Está ubicado sobre la avenida *Unter den Linden* (*Bajo los tilos*) que fue el centro neurálgico político y cultural de la capital alemana hasta la segunda Guerra Mundial. Pero, esta vez, en junio de 2001, el presidente Lagos y su comitiva vivieron momentos más tensos con un grupo de personas con una pancarta que proclamaba “*libertad para los presos políticos de Chile*”. Ricardo Lagos, sin atender a las recomendaciones de la Seguridad alemana, cruzó la avenida y enfrentó a los manifestantes. “¿A qué presos políticos se refieren? No hubo respuesta, recogieron la pancarta y se dispersaron rápidamente. Los integrantes de la escolta alemana, preocupados por el incidente, destacaron con respeto la valentía presidencial.

En esos días, la ciudad, ya se alzaba como urbe moderna, con una arquitectura audaz y vanguardista –en particular en el sector de las embajadas- con obras sorprendentes, que a ratos operan como elementos distractores, o como *pararrayos*, para alejar de la mente los terribles episodios de la historia reciente de la ciudad, de Alemania y de toda Europa.

Alemania restauró muchos edificios históricos, recuperó grandes avenidas y reservó amplios espacios urbanos para la cultura, las artes y la recreación de los berlineses. Pero, como todas las ciudades grandes del mundo, Berlín construyó su propio *Manhattan*, con edificios en altura, que muchos habitantes critican por su desarraigo y por desentonar en el marco arquitectónico e histórico de la ciudad.

Conservo muchos episodios de estas tres estancias berlinesas. Fueron notables vivencias personales y, por lejos, la más valiosa asignatura de historia de Alemania que he cursado.